

El rey que metió a sus hijas en tres vasijas

CARLES CANO

Ilustraciones de Maria Espluga





**El rey que metió a sus
hijas en tres vasijas**

© Carles Cano, 2020

© Ilustraciones: Maria Espluga, 2020

© Ed. Cast: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, febrero 2020

ISBN: 978-84-683-4672-4

Depósito legal: B. 23768-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Carles Cano

El rey que metió a sus hijas en tres vasijas

Ilustraciones de Maria Espluga

edebé

Hace muchos, muchos años, tantos que la gente aún se saludaba por la calle, en un reino alegre, sonriente y lejano, vivían un rey y una reina, cuyos nombres eran..., digamos: Fransuá y Vichysuá, aunque esto no es importante. Lo realmente importante, trascendente e imprescindible para esta historia es que tenían tres hijas.

Aquel reino tenía nombre, como la mayoría de las cosas en este mundo, pero casi nadie lo recordaba. Para sus gentes, sus reinos vecinos y para cualquiera que hubiera oído hablar de él, era el País de la Alegría.



Todos sus habitantes, empezando por los reyes, eran graciosos. Siempre estaban de guasa, sabían contar las historias más desternillantes y eran unos bromistas de tomo y lomo.

El rey, que era un poco descerebrado y más de una vez se había pasado de la raya con alguna broma pesada, había escuchado un cuento tonto sin final, aquel que dice: «Pues resulta que era un rey que tenía tres hijas, las metió en tres vasijas y las tapó con pez. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?». Y se le ocurrió probar a ver qué pasaba. Así que metió a sus tres hijas en tres vasijas y las tapó con pez, que es una cosa viscosa, negra y asquerosa. La reina, cuando se enteró, de inmediato rompió las vasijas y las sacó de allí. Estaba negra. Y sus hijas tam-





bién estaban negras. Negras como la boca del lobo, como el azabache, como el hollín y como la noche más oscura. De hecho, en la noche lo único que se veía eran sus ojos que parecían flotar. Daba bastante miedo.

La reina, que ya había aguantado muchas de sus bromas pesadas, pensó que aquello pasaba de castaño oscuro. Con un enfado monumental, mandó al rey a la porra, a freír espárragos y a donde san Pedro perdió el gorro. Y él, obediente, y por no aguantar a la reina enfadada, reunió a su ejército y se marchó a buscar esos lugares. Ya encontraría alguna guerra con la que entretenerse y a alguien que le aguantase las bromas.

A sus hijas, como era costumbre en aquella época, siguiendo la moda de Blan-



canieves, que era blanca como la nieve y con los labios rojos como la sangre, apenas les había dado el sol. Por eso, hasta entonces, habían lucido un color desvaído y blancuzco, cosa que, por otra parte, hacía honor a sus nombres, pues se llamaban respectivamente: Alba, Blanca y Clara, o A, B y C, como las llamaba su padre. Pero ahora, claro, el nombre no tenía nada que ver con su color. Y por mucho que emplearon jabones, estropajos, toda clase de detergentes, quitagrasas y hasta papel de lija, aquella capa negra en que las había bañado su padre no desaparecía.

Además, cuando se secó del todo la pez, se les quedó una cara absolutamente inexpresiva. Y así, de ser unas muchachas sonrientes y alegres, pasaron a tener



una cara tan seria y sombría como una lápida. Como a todo se acostumbra uno, también ellas se acostumbraron a aquella piel negra y brillante que lucían con la mayor dignidad.

Pasó el tiempo y el rey, que parecía importante en esta historia, hacía mucho que había desaparecido. Seguramente andaría guerreando por ahí, o lo habrían hecho prisionero y estaría en una oscura mazmorra, o se había alejado tanto de su reino que ya no sabía volver, o sabe Dios qué. Mientras no estaba el rey, mandaba la reina, que por otra parte estaba muy acostumbrada a ello; pero viendo que su marido no tenía trazas de volver, se cansó de mandar.

Esto es algo muy, muy raro, pues ser la reina era fantástico: mandaba más que



nadie; todo el mundo la obedecía y le hacía reverencias, que es como hacer la pelota pero en fino; le preparaban los mejores manjares... Por si esto fuera poco, la gente agitaba banderitas cuando se dejaba ver por la calle y le gritaban: «¡Majestad, majestad! ¡Reina, reina! ¡Alteza! ¡Oé, oé, oé, oé! ¡Oé, oé!»». Y la aplaudían a rabiar. Ella sonreía todo el tiempo y agitaba la mano de saludar.

Pero el caso es que, con todo y con eso, igual que uno se acostumbra a todo, también se cansa de todo, y ella se cansó de ser reina. Ya había mandado bastante en ausencia del rey, y también en su presencia, y lo que quería era retirarse a una casita en el campo y cuidar de sus gatos, su huerto y un pequeño jardín.